

reunir las iglesias disidentes. No necesitaban poco valor para arrollar los zelos y los odios de sus contrarios, quienes los tildaban de mantener relaciones con un gefe extraño,

cias locales de hábitos y costumbres, muy apreciables para completar ciertas partes de los viages de Chardino y Tavernier. Despues de haberles tributado los elogios que merecen, vamos á someterles estas respetuosas consideraciones. En primer lugar, no aprobamos su desentono respecto de los Armenios papistas (1), á quienes manifiestan entrañable compasion por su apego servil á la sede romana, aunque en ciertos pasages de su diario reconocen que los católicos vienen á formar la única porcion verdaderamente ilustrada de este pueblo, como que es la que sigue el movimiento progresivo de la civilizacion. Echase de ver no obstante la repugnancia con que confiesan este hecho, harto favorable á la causa que por otra parte desacreditan con un zelo digno de los reformados contemporáneos de Enrique VIII. [Ibid. pág. 14.] En segundo lugar, no podemos perdonarles la absoluta ignorancia en que están acerca de los primeros dogmas de la religion cristiana que pretenden predicar á los pueblos de Oriente. ¿Cómo podian esperar buena acogida de parte de unos hombres cuya ignorancia están lamentando, cuando les oian negar la divinidad de Jesucristo, y el establecimiento gerárquico de la iglesia primitiva, y los veian pasmarse de que en este pais bautizasen todavía á los niños, porque la práctica de este sacramento denota á su entender la supersticiosa creencia en el pecado original? [Ibid. pág. 222.]

¿En qué consistia pues su mision? Ellos mismos nos lo explican. Apenas habian llegado á una ciudad, iban á los bazares ó plazas públicas á vender, y luego, por falta de compradores á depositar algunos ejemplares de las traducciones de los Santos Evangelios, lujosamente impresos por la Sociedad Bíblica. Imaginábanse que los Turcos ó Kurdos iban á convertir-

(1) Missionary Researches in Armenia, by F. Smith and G. O. Dwight, London 1834.

y de querer sujetar su iglesia á otras universal. En vano les hacian presente los misioneros que la independencia de su iglesia no recibiria ningun menoscabo con su reunion al centro del catolicismo, pues estaban sus oyentes muy interesados en no comprenderlos; y á semejanza de los Galicanos, ponderaban altamente su sumision al poder temporal, á quien hacian concebir sospechas infundadas en órden á la conducta de los católicos. Era muy singular ver á los Armenios constituirse defensores del poder turco que los oprimia, y excitarle á perseguir á estos mismos católicos, quienes, en medio de su generoso rendimiento á la iglesia latina, manifestaban mayor patriotismo que sus contrarios, puesto que, en la reunion religiosa, veian un medio para recobrar su independencia política hermanándose con la comunión de los pueblos de Occidente. Lo que cabe afeár al partido católico es su

se á la fe con solo llevar consigo estos libros inspiradores, cuya traduccion incorrecta no pudieran entender, aun cuando supieran leer. Pero ¡cuál era su enojo, cuando al dia siguiente encontraban esparcidos por las calles los trozos del Antiguo y Nuevo Testamento! [Ibid. pág. 73.] Cierito es que los misioneros romanos, que sacan mejor fruto de sus afanes, obran de muy diverso modo. Lo primero que hacen es naturalizarse, por decirlo así, entre el pueblo á quien tratan de evangelizar, adoptando su idioma y sus costumbres; andan á pié, arrostrando la intemperie, por sitios montaraces y desiertos, y no á caballo; no les siguen bagajes, tiendas ni colchones, cual si fuera la caravana de un bajá que va á tomar posesion de su gobierno. No cuentan con inquietud sus pulsaciones para conocer la influencia variable de la atmósfera en su temperamento. En sus relaciones no se toman el trabajo de decirnos á qué hora se han levantado ú acosado, los manjares que les han servido en la casa donde se hospedaron, y no se quejan porque echen menos el te ó el café [Ibid. pág. 79, 82, 173].

zelo extremado, y el aire de superioridad de que se revestia por dos razones; la primera, porque sus comunicaciones con el Occidente le infundian las luces de la civilizacion; y la segunda, porque se jactaba de defender contra el mayor número los principios que apoyaba en la tradicion de los siglos anteriores y en la ciencia eclesiástica. Tampoco andaba muy cuerdo en desechar desentonadamente ciertas prácticas de su liturgia, para adoptar otras ceremonias de la liturgia romana, preferencia que los disidentes consideraban como un insulto. De ahí el odio que le manifestaron (1). Ambos partidos se miraban de continuo cual dos ejércitos enemigos que observan sus menores movimientos, y están apercebidos para el ataque. No mediaba entre las dos iglesias ninguna relacion; jamas un individuo de la una se hubiera allanado á entroncar con la otra; dividialos una valla insuperable, y manifestaban ménos odio á un Turco ú á un Griego, á quienes reputan por enemigos naturales, que á un compatriocio suyo de comunión diferente. Si á estas causas religiosas agregamos las rivalidades procedentes de la concurrencia y de los intereses mercantiles, tendremos una idea cabal de los principales motivos de guerra y discordia que existen entre ellos, y veremos además en los mismos otra de las causas de la última crisis de 1828, que tan fatal ha sido para los católicos.

Entre las iglesias católicas que

En una palabra antes de censurar las misiones católicas seria muy del caso que estos misioneros viajantes y delicados reformasen sus propias misiones.

(1) Segun refiere un misionero, los disidentes de la Persia anatematizan solemnemente el concilio de Calcedonia, á San Leon y á la Iglesia romana, cuatro veces al año, á saber: á la Quincuagésima, la víspera de la Asuncion, la de la Transfiguracion y la de Navidad. Tournéfort habla en estos términos de la aversion de estas gentes contra los católicos: "La reunion de las religiones es un milagro que obrará el Señor cuando lo juzgue oportuno. Solo del Cielo hay que esperar la verdadera conversion de los cismáticos, cuyo número es infinitamente mayor que el de los Armenios romanos. Estos desgraciados cismáticos estan tan aferrados en sus errores, que darian gustosos todo su caudal para lograr la deposicion de un patriarca que tratase de reunirlos con los católicos. El odio que profesan á los Latinos parece invencible."

con mas constancia han perseverado en su doctrina, podemos citar las tres del rito armenio establecidas en el Líbano; y que, si bien no están autorizadas por el firman del Gran Señor, se hallan bastante seguras en medio de las montañas inaccesibles que les sirven de abrigo. Estas iglesias fueron formadas por los emigrados, que huyendo de una patria asolada de continuo por los enemigos, y entregada á la anarquía religiosa y política, buscaron en estos montes amparo y sosiego. En esta reducida sociedad reinan la caridad y la concordia, y en el siglo último encargóse á un patriarca la direccion de su iglesia.

La iglesia de Merdin es otra de las independientes, aunque está encerrada en una de las provincias del imperio. Sujeta á la autoridad de un gran bajá, condecorado con el título de virey de Babilonia, gozaba en el siglo último de una libertad cabal, en virtud del privilegio otorgado por el sultan á este prefecto, quien, bajo el respecto religioso, la eximió de toda jurisdiccion, de modo que los fieles armenios no dependen del patriarca de Constantinopla. Aunque seguian las opiniones erróneas de la iglesia armenia, convirtiéronse á la fe católica á principios del siglo décimo octavo.

Por este tiempo hubo entre los Armenios un movimiento visible hácia la unidad católica. Mechitar el célebre fundador de la sapientísima órden de San Lázaro, de que hablaremos despues, penetrado de la lamentable situacion de sus compatriocios, concibió el proyecto de curar sus males, extirpando los gérmenes de discordia. Los misioneros europeos, enviados por la Propaganda, y que eran bastante numerosos en Constantinopla, promovieron al principio con zelo sus proyectos; pero mas adelante dejaron de proceder con toda la cordura que se requería en los medios de que echaron mano para atraer á los disidentes; chocaron abiertamente con este partido harto numeroso, vedando á los católicos la entrada en sus iglesias, que representaban como el san-

tuario de Satanás (1), y zahiriendo la liturgia y prácticas de la antigua iglesia armenia. Negaron la absolución á cuantos quebrantaban esta órden: los católicos, ya sobrado propensos á huir de sus hermanos, concibieron tal horror á sus iglesias, que al pasar por delante de la puerta, volvian la cabeza como si hubiese sido una pagoda de idólatras. Renováronse todas las disputas que ya desde siglos yacian adormecidas, acerca del papa Leon y el concilio de Calcedonia. Los parciales del patriarca maquinaban contra los misioneros, que pintaron á la autoridad civil como conspiradores pagados por la corte de Occidente. Estos falsos informes eran fácilmente acogidos por los vizires y los grandes, siempre contrarios á los católicos porque reconocian un gefe espiritual extraño. Vedaron pues so pena de la vida dar albergue á los sacerdotes latinos; y prohibióse además á los católicos el reunirse en iglesias que no dependiesen del patriarca armenio. Tampoco se les dejó comunicar con los Francos católicos, para no excitar la suspicacia natural de la Puerta Otomana. Los católicos armenios se hallaron con tales providencias en situación apuradísima, y entrambas iglesias se vieron sumidas en el desórden mas espantoso. Corrió luego la sangre; y si los católicos no hubiesen hallado apoyo en los embajadores, y especialmente en el de Francia, protector nato de la religion de los Latinos, no hubieran podido resistir á la persecucion. Este estado de anarquía duró todo el siglo último, y hasta en el presente se han sentido sus consecuencias.

(1) Los disidentes, por su parte, vejaban con ahínco á los católicos, que huían de ellos al parecer cual de personas impuras. En Julia, ciudad dependiente de Ispahan, miraban con rencorosa envidia á los católicos en el siglo último, y les suscitaron abiertamente una persecucion atroz con ánimo de arrojarlos del pueblo. Todos se alzaron contra ellos, así hombres como mugeres y niños. Entonces fué cuando un padre de familias, á quien decian que por fuerza tendría que ir á su iglesia, cuando no tendría misioneros católicos, respondió estas palabras: "Solo una iglesia conozco, y es la católica romana en que nací, y con la cual estoy en comunión; si no quedan ya en Julia ni misioneros, ni sacerdotes católicos, me considero viudo, y por tanto libre: me haré ordenar sacerdote para satisfacer mi devoción, y para que mis hijos hallen en su casa el medio de llenar sus deberes de cristiano, sin tener que ir á las iglesias de los cismáticos."

Por fin, habiendo adquirido el influjo europeo mayor ascendiente sobre la política otomana con motivo de la última guerra que afianzó la independencia de la Grecia, los gabinetes extranjeros pidieron que los católicos armenios entrasen en el goce de sus derechos, y que se les concediese el libre ejercicio de su culto. El general Guillemintot, embajador frances, fué para ellos un socorro eficaz en aquella ocasion; y de ahí es que los católicos le atribuyen todo el éxito de la empresa.

Antes de alcanzar el reconocimiento de este derecho tan natural como sagrado, habia de pasar la iglesia católica armenia por la durísima prueba de la persecucion, bien así como la iglesia cristiana en los primeros siglos de su nacimiento. Empezó la persecucion en 1827, cuando la Grecia quebrantaba los grillos que le impusiera la Puerta Otomana. Motivóla la derrota de Navarino, que humilló tan profundamente á la Puerta, que trató de buscar á todo trance la razon de este desman, cuando solo podia atribuirlo á su impotencia. Los disidentes extremaron su odio contra los católicos, en términos que lograron persuadir al sultan que los últimos, hermanados por su comunión con los Latinos, mantenian con ellos inteligencias reservadas, y que habian hecho traicion al gobierno. Tan atroz calumnia fué acogida por algunos; Galib-Bajá, gran vizir, y Seid-Efendi, ministro de estado, que sostenian con su influjo á los católicos, fueron despedidos; y el 8 de enero de 1828, fueron desterrados á Angora ocho banqueros de los mas ricos de la ciudad, en cuyos escritorios echó el sello la autoridad por via de secuestro. Todos los habitantes de la misma ciudad de Angora que residian en Constantinopla, recibieron al propio tiempo la órden de marchar, abandonando todos sus haberes. Esta providencia se extendió á todos los demas católicos, quienes, á tenor de un nuevo firman cuya promulgacion se habia encargado al patriarca cismático, fueron condenados á salir de Constantinopla á los quince dias, pa-

ra acercarse en los pueblos inmediatos ocupados por los disidentes. Estos infelices, precisados á malbaratar sus casas y muebles, se vieron reducidos al estado mas miserable (1).

En 21 de marzo se prohibió bajo las penas mas severas, dar albergue ú ocultar á ningún católico. Anuncióse al propio tiempo que, no reconociendo el sultan mas que una sola nacion y una sola secta armenia, debian los católicos conformarse á la ley y abjurar sus errores; condicion única bajo la cual quedaban indultados. Sin embargo ni uno siquiera de entre los católicos armenios abandonó su creencia. En medio de estas críticas circunstancias, Guillemintot, el embajador frances, protector legal de todos los católicos del imperio turco, logró promover una dichosa reaccion con sus enérgicas representaciones. La ruina instantánea del comercio, y las pérdidas incalculables causadas por la proscripción de tantos y tan ricos banqueros, acabaron de producir en el ánimo del sultan la impresion que no le causaran los sentimientos de humanidad. Renació el sosiego, devolvieronse á varios católicos los destinos que ántes ejercian, y en el dia es su influjo tan poderoso como en otro tiempo. Habiéndose aclamado despues la libertad de cultos, Roma envió á los católicos un patriarca reconocido por el estado.

¡Ojalá que entrambas comuniones vivan en lo sucesivo en paz y caridad, y no den ya á los Musulmanes el triste ejemplo de los odios y discordias tan expresamente vedados por la ley de Cristo, que es una ley de amor!

LA FAMILIA DUZZOGLU.

Referiremos aquí, por via de epi-

[1] Viéronse mugeres y ancianos comer la yerba de los campos por donde andaban vagando sin albergue. La ira de los disidentes se trocó en barbarie, segun es de ver por el ejemplo siguiente. Una pobre muger católica, refugiada en un desvan con su familia, estaba pereciendo de hambre; en tan angustiada situacion, envia uno de sus hijos, niño todavia, á casa de un banquero cismático para rógar al cocinero que le haga la caridad de darle las sobras que tira á los perros. "Mas quiero dárilas á los perros que á vosotros, responde el cocinero, malditos católicos;" y el niño fué arrojado de la casa sin poder ablandar el corazón de aquella fiera.

sodio de la historia política y religiosa de los Armenios, la serie de maquinaciones y acontecimientos que prepararon la caída de la poderosa casa católica de los Duzzoglou, ricos Armenios que, á principios de este siglo, se habian encumbrado en Constantinopla á tal grado de poder y nombradía, que una gran parte de la nacion ha padecido los desgraciados efectos de su ruina.

Esta familia era oriunda de Alemania, y ascendia á un platero, que, dos siglos ántes, habia ido á establecerse en Persia. Su habilidad le granjeó en breve gran reputacion, y fué nombrado joyero del sultan. Habiendo casado con la hija de un Armenio, quiso de todos modos fijarse en Constantinopla, y por tanto se alistó entre los *rayas* (1). Su hijo, íntegro y honrado como él, trocó su nombre europeo en el de Duzzoglou, que expresa esta calidad (2). Durante varias generaciones fué amontonando esta familia riquezas inmensas. Cuando subió al trono Mahmud, sultan reformador que resiste hoy dia á la intolerancia de los ulemas, con el mismo brio con que ántes luchó contra el despotismo caprichoso de los genizaros, hallábase la familia de los Duzzoglou en el estado mas próspero y brillante.

Juan Tehelebi ejercia las funciones de director de la casa moneda, empleo que le habia conferido el sultan á causa de la confianza que inspiraba esta casa patriarcal donde eran tan hereditarias las virtudes como las riquezas. Murió Tehelebi en 1813, dejando una familia crecida compuesta de seis varones y seis hembras. Los dos mayores, Gregorio y Serkis, que sucedieron al empleo de su padre, acrecentaron su caudal con las noticias que les trajo de Europa un religioso de la órden de los Mequitaristas de san Lázaro de Venecia sobre el modo de fabricar la moneda.

[1] Dase este nombre á todos los cristianos del imperio, ya sean armenios católicos ó disidentes, ya sean griegos; y sus derechos políticos no son de mucho tan cabales ni respetados como los de los demas súbditos mahometanos.

[2] DUZ en lengua turca significa recto, íntegro, y OZLOU hijo.

El sultan quedó tan satisfecho del éxito de esta innovacion aplicada á la moneda de oro, que prodigó sus finezas á la familia de los Duzzoglou, y le concedió el privilegio del *pentché* (3). Esta prerogativa, que exime de las vejaciones arbitrarias de los vizires, colocando al agraciado bajo la autoridad directa del sultan, no habia sido concedida hasta entónces mas que á dos familias cristianas, á Gregorio el arquitecto, y á Juan Dadien, inspector de la pólvora, ambos armenios.

La prosperidad suele ser mas perjudicial para el hombre que la desdicha, pues esta excita y provoca sus virtudes, obligándole á arrollar los obstáculos con teson y perseverancia, al paso que aquella le distrae y afemina. Aunque el alma conserve su sosiego y serenidad acostumbrada en medio de la atmósfera embelesante de las grandezas, arduo se hace sortear los ponzoñosos tiros de la envidia, y por maravilla se deja de encontrar en la sociedad una multitud de gentes que se aúnan para volcar al venturoso. Así sucedió en efecto á la familia de los Duzzoglou.

El fausto que ostentaba, no visto hasta entónces entre la clase de los rayas, disgustaba á los Turcos, para cuyo ceño nacional se hacian intolerables tanta grandeza y tanta opulencia entre cristianos. La magnificencia de las quintas y palacios, el lujo de los caballos de pura casta árabe, el gran número de sirvientes asalariados por estos nobles Armenios, todo contribuía á llamar sobre ellos la malévolá atencion de los Musulmanes. Solo faltaba un hombre que osase socavar su privanza con el sultan, y derribar por la base toda la armazon de su prosperidad. Hallóse este hombre, y fué Haled. Astuto, hipócrita, aleve y fementido, habia este perverso perfeccionado en Europa, cuando estuvo de embajador en la corte de Napoleon, estas primeras prendas de un hábil

[3] Así llaman la huella de los "cinco dedos de la mano" [*pentché*, en lengua persa.] que Mahomet, que no sabia leer ni escribir, plantaba en el papel á guisa de firma. En lo sucesivo se dió este nombre á la cifra ó "toghro" del sultan.

diplomático. Luego que hubo regresado á Constantinopla, se insinuó imperceptiblemente en la privanza de Mahmud, en términos que vino á ser el consejero imprescindible de todas sus acciones. No ocultaba Mahmud el ascendiente que cobrara Haled en su ánimo, y todavía recuerdan algunos que, en una sedicion de los genízaros, respondió á los mas osados que le pedian el destierro de su privado: "¡Pues qué! ¿quisierais cortarme el brazo, y privarme de aquel cuya sabiduría me asiste en todas mis empresas?"

Miraba Haled con ojos envidiosos la opulencia de los Duzzoglou; juró pues su ruina en lo íntimo de su corazon, y para lograr sus fines, se encubrió con el velo de la mas negra hipocresía. No ignoraba que Mahmud dispensaba toda su confianza á los hermanos armenios, que estaba convencido de su buena fe, y que hasta les profesaba cariño. ¿Cómo cabrá insinuarse en el alma del sultan? ¿con qué medios podrá persuadirle que sus mas rendidos servidores han venido á ser sus enemigos mas peligrosos? ¿Acaso no corre él tambien el riesgo de hundirse en la sima que va á abrir á sus plantas?

Profundo conocedor del corazon humano y de todos los móviles secretos que impulsan sus pasiones, habia observado que la predominante en el alma del sultan era una avaricia insaciable; habiase pues convencido de que halagando este vicio, y haciendo brillar á los ojos del despota codicioso la esperanza de acumular nuevos tesoros, le podia traer fácilmente á su miras. Pertrechado con tan inicuos planes, se insinúa en la confianza de Mahmud, y tirándole este cebo, le dispone en favor suyo.

Empieza por manifestarle el paso que le causa la extremada prosperidad de los Duzzoglou, arroja sus dudas en órden á la integridad de los medios con que se encumbraron á tal estado; apunta al mismo tiempo los peligros que pueden resultar, para él y su nacion, de esta inmensa superioridad de caudal en una casa de cristianos, enemigos naturales de los Turcos; sugiere por

fin al príncipe la idea de apoderarse de estos tesoros y de agregarlos al suyo, modo obvio y expedito de crear nuevos arbitrios para la hacienda.

Estas palabras fementidas persuadieron á Mahmud. Por otra parte, para no excitar las sospechas de los Duzzoglou, traba aparente amistad con ellos, y se aprovecha de cuantas ocasiones se le ofrecen para persuadirles del cariño que les profesa. Gregorio, que, de los dos hermanos era el mas capaz, vino á ser el objeto especial de sus alevos demostraciones de amistad. Era Gregorio de índole sosegada y severa, penetraba con maravillosa sagacidad la clave de todas las intrigas, y entendia en alto grado el manejo de los negocios. A la astucia propia de los Armenios, juntaba la gravedad y compostura de los Otomanos. Gregorio visitaba todas las mañanas á Haled, quien le detenía largos ratos en su palacio para conversar con él sobre negocios de estado. Los hermanos armenios convidaban tambien por su parte al vizir, á quien agasajaban con fiestas espléndidas, iluminaciones y banquetes, lujo de etiqueta hasta entónces desconocido.

Nadie, y ménos aun los Duzzoglou, podia sospechar que abrigase Haled siniestros intentos. Sin embargo apercibiase ya el malvado para descargar el primer golpe á sus supuestos amigos. Hízelo del modo que se va á leer.

Ningun raya puede ejercer legalmente un destino público, pues todos están reservados para los fieles Musulmanes. Aunque los dos hermanos armenios obtenian en realidad el empleo importante de directores de la casa de moneda, estaban con todo representados por un turco, especie de funcionario aparente, en cuyo nombre se extendian todos los actos. Este turco, llamado Abd-Arrhaman, era un anciano sencillo y bondadoso, muy dócil y rendido á los Duzzoglou. Trató pues Haled de separarle y sustituirle con una hechura suya, opuesta á los intereses de los Duzzoglou.

Con esta mira hace presente al sultan que Abd-Arrhaman es muy

viejo, que no es capaz de vigilar, que está riquísimo y cohechado por los mismos á quienes ha de fiscalizar. Propone otro sugeto, el *meimarbachi*, ó primer arquitecto de estado, hombre de baja extracción, y que profesa á los Duzzoglou un odio implacable, porque en otro tiempo se habia dirigido á ellos sin poder alcanzar lo que pretendia.

Queda pues despedido Abd-Arrhaman, y confinado á una aldea cercana, y parte del dinero que habia reunido durante su empleo, va á parar al tesoro del sultan. Los hermanos armenios, atónitos con tal mudanza, preguntan á Haled el motivo, y le ruegan que se oponga al nombramiento del *meimarbachi*, en atencion á que temian sus siniestras intenciones contra ellos. Haled les exhorta á que estén tranquilos, les aconseja que aventen sus vanos temores, prometiendo echar mano de su valimiento para allanar todas estas dificultades asustantes á primera vista, y añade que al cabo de poco hallarán en él otro Abd-Arrhaman.

La ley dispone que, al efectuarse el nombramiento de un nuevo *zerpáne-eminí*, ó intendente de la moneda, se presente una cuenta formal del estado de la caja. Cuando el *meimarbachi* entró en sus funciones, lo primero que dijo á los Duzzoglou fué prevenirles que tenian que conformarse á los reglamentos, y que por tanto se hacia preciso que le presentasen cuentas. Ordinariamente cumpliase esta disposicion apuntando en un papel las cantidades contenidas en el tesoro de la casa moneda; así es que los hermanos armenios creyeron al principio que solo se trataba de esta formalidad: pero ¡cuál fué su sorpresa, cuando al entregar el estado de cuentas al *meimarbachi*, les dijo éste: "El sultan no se dará por satisfecho con este pedazo de papel, pues quiere en metálico y sin demora el capital que tiene depositado en vuestras manos!"

Hay que saber que en Turquía se fabrica la moneda en beneficio del sultan, así como se acuña en su nom-

bre y con su efigie. Solo él arregla y determina la cantidad de liga que han de poner en el oro, y lo da en pasta. Además de estos grandes valores en oro y plata en pasta, dejaba Mahmud en depósito en poder de los hermanos armenios, como joyeros que eran de la corona, muchas alhajas y pedrería. El capital de los fondos fiados á los Duzzoglou podía calcularse en unos veinte y cinco millones. Como hacían el comercio de banco, estos fondos se hallaban repartidos y diseminados en varias casas y diversas plazas de Europa, especialmente en Francia é Inglaterra. ¡Cómo cabía trasladar, en un instante y de puntos tan lejanos, todos estos valores diseminados? ¡cómo cabía cerrar los créditos abiertos y exigir pagos ántes del vencimiento? Estas consideraciones pusieron en la mayor perplejidad á entrambos hermanos; en vano se esforzaban para subir á la causa de una orden tan extraordinaria; no hacían más que perderse en vanas conjeturas. Gregorio no acierta á ver otro remedio para salir de su apurada situación que el correr á casa de Haled para pedirle la explicación de este enigma. Haled aparenta extrañeza, y se encarga de arreglar el negocio con el sultán; pero dice que para hablarle hay que aprovechar un momento favorable, y que á lo ménos necesita para esto toda una semana. Gregorio vuelve á su casa más sosegado, poniendo toda su confianza en el valimiento del vizir su amigo.

El meimarbachí, como intendente que era de la moneda, iba cada día á la casa donde se fabricaba, y exigía la costumbre que ambos agentes responsables, los dos hermanos Duzzoglou, no saliesen de la casa ántes que se hubiese despedido el zerpne-emini, quien salía ordinariamente á las cuatro de la tarde. Un día en que el meimarbachí había ido, según costumbre, á inspeccionar los obradores y oficinas, permaneció por más tiempo en su despacho, de modo que ya eran las ocho, y aun no había salido. Esta tardanza daba mucho que discurrir á todos los empleados. Por fin, á eso de las

nueve baja y encuentra á entrambos hermanos que, á tenor de la etiqueta, le estaban aguardando en el último tramo de la escalera. El intendente los mira con aire altanero, recibe sus cortesías con ceño, sube á caballo, y les dice: "El sultán manda que no salgáis de la casa de moneda."

Estas palabras que profiere como una sentencia, dando un espolazo á su caballo, dejan en pasmo indecible á los dos hermanos. Míranse uno á otro y se consultan, pero no aciertan con la causa de la terrible providencia que les amaga. Envían sus criados á su casa en busca de comida. Toda la familia, extrañando ya la no acostumbrada tardanza de Gregorio y Serkis, empezaba á concebir las más amargas zozobras; pero fueron éstas á más cuando supieron por los criados que sus amos estaban arrestados en la casa de moneda por orden del sultán. Pasan toda la noche yendo y viniendo, y por fin no ven otro arbitrio para salir de su incertidumbre, que el dirigirse á Haled, con cuya amistad cuentan todavía.

Miguel Duzzoglou, su hermano, va á visitar al vizir el día siguiente por la mañana; dicele que le envían sus hermanos para que tenga á bien explicarle la causa de una orden extraordinaria del sultán, en cuya virtud están presos en la casa de moneda; añade que Gregorio y Serkis confían que su amigo Haled les sacará de este apuro luego que tenga noticia de su situación. Miguel iba á proseguir, cuando Haled le interrumpió con mucha calma diciéndole: "Estoy sabedor de cuanto me queréis contar; pero el sultán es justo, é indultará á vuestros hermanos, si están inocentes, esto es, si pueden presentar cuentas exactas." Acompañó estas palabras con una sonrisa irónica y con un aire de satisfacción mal disfrazada. Miguel comprendió toda la maldad de Haled, y al punto se le descorrió el velo. Vuelve pues á sus hermanos, los cuales al oír la respuesta del vizir, entienden, pero tarde ya, que el tiro salió de sus manos. En vez del consuelo y la asis-

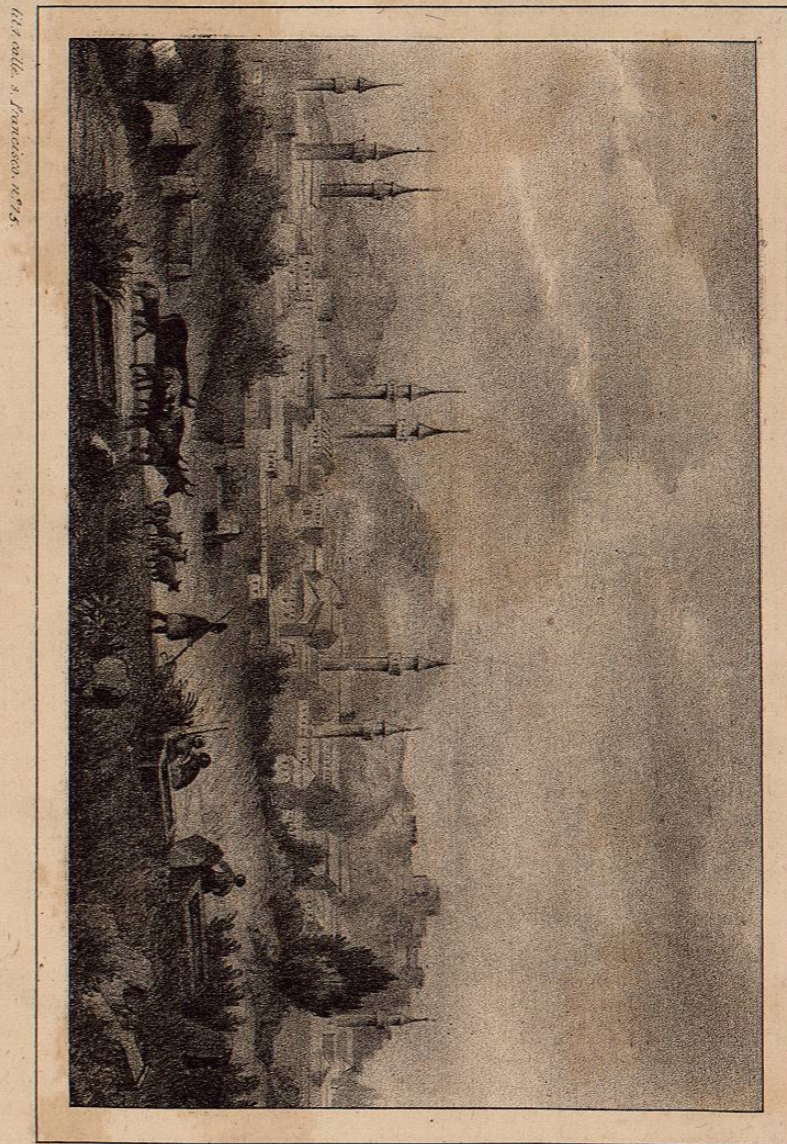


Fig. 1. Calle de Angora, n.º 15.

Angora.

ARMENIA.